

objetos que no pueden obtenerse sino mediante una violenta sujeción de la clase obrera. Así ocurrió que al abolir la servidumbre, desaparecieron las orquestas, los parques, los tapices, las blondas y los teatros que llenaban de orgullo á los señores. Los aldeanos no se veían ya obligados á satisfacer los caprichos de sus amos.

Creo haber demostrado suficientemente que los socialistas nos hacen promesas contradictorias, cuando aseguran que después de socializar los medios de producción todos los hombres serán libres, y que todos disfrutarán de los goces que en nuestra sociedad son, hoy por hoy, privilegio de la clase rica.

VII

Vemos que se reproduce lo que ocurrió ya durante los últimos años del régimen señorial. Todos los propietarios de fincas rústicas y en general todos los hombres de la clase rica, reconocían que la situación de los siervos dejaba que desear; pero no proponían para mejorarla sino medidas que no comprometieran seriamente sus rentas. Hoy los privilegiados piensan también que la situación de los

obreros es digna de inspirar lástima; pero sólo proponen para modificarla reformas insuficientes que no amenazan disminuir las comodidades del régimen de vida á qué están acosbrados. En otro tiempo, el propietario más dispuesto á favorecer los siervos hablaba del poder patriarcal, y aconsejaba, como Gogol, á los hombres de su clase que fueran buenos y cuidasen de la suerte de sus siervos; pero rechazaba obstinadamente todo proyecto de emancipación, que se le antojaba que había de tener funestas consecuencias. Hoy, la mayoría de los privilegiados aconsejan á los patronos que velen por el bienestar de sus obreros, pero ninguno de ellos quiere discutir siquiera la posibilidad de una revolución económica radical que emanciparía definitivamente á los obreros.

Los liberales de otro tiempo juzgando que no podía cambiarse la situación de los campesinos, pero deseosos, sin embargo, de hacer patentes sus sentimientos humanitarios, pedían al gobierno que restringiera las atribuciones de los propietarios y miraban con simpatía los motines de los campesinos. Los liberales de nuestros días, al mismo tiempo que aseguran que no puede variar en absoluto el estado actual de cosas, piden al gobierno que ponga límites á la influencia de los capitalistas é industriales, y no ocultan su simpatía hacia las manifestaciones, las huelgas y en general hacia todas las protestas de los obreros: en otras épocas el partido avanzado reclamaba la emancipación de los siervos, pero sin desear para ellos una completa libertad, pues sus proyectos de reformas les

dejaban aún, en cierta medida, bajo la dependencia de los propietarios y les sometían á toda clase de impuestos. Hoy por hoy, los hombres más audaces, reclaman la emancipación del proletariado y que se socialicen todos los medios de producción, pero pretenden que la distribución y la división del trabajo, tal como existen, son fenómenos sociales necesarios de los que deben los obreros aceptar las consecuencias.

Las conclusiones de la Economía Política á que sujetan su criterio, sin conocerlas en sus menores detalles, como debieran, parecen, á primera vista, liberales y hasta radicales, porque parecen atacar los privilegios de las clases ricas de la sociedad. Pero realmente están impregnadas del espíritu conservador más serio y más grosero. De uno ú otro modo,

sabios, aristócratas y burgueses quieren defender el anatema de la distribución y de la división del trabajo tal como funciona en nuestros días, porque es el único que garantiza la producción de los objetos de lujo, propios para satisfacer las comodidades á qué no quieren renunciar los ricos. La cultura, dicen, es la madre del mundo moderno. Y esta cultura que se manifiesta bajo sensible forma en los caminos de hierro, los telégrafos, los teléfonos, la fotografía, los rayos X, las clínicas, las exposiciones y por medio de todos los perfeccionamientos del *comfort*, es para ellos como una cosa sagrada. Nadie admite la supresión del menor detalle en el conjunto de sus resultados. Todo puede trastornarse, pero lo que la cultura ha marcado con su sello reviste, por eso

solo, el carácter de lo necesario. Se advierte, sin embargo, cada vez con mayor evidencia que los progresos producen la opresión de la clase obrera. Poco importa esto; los sabios están, de tal modo, celosos de su inestimable cultura, que no vacilan en trastocar la célebre máxima de los juristas: *fiat justitia, pereat mundus, fiat cultura, pereat justitia.*

Su entusiasmo no se traduce únicamente en vanas palabras; sus actos mismos están inspirados en igual ciego fanatismo. Todo se transforma en la práctica y en la teoría. Solo los resultados de la cultura son definitivos. Todo lo que por ella y para ella se fabrica en talleres y fábricas, y se vende en los almacenes, eternamente se fabricará y venderá para satisfacer las necesidades que creó la cultura.

Es un lenguaje que, á juicio mío, es muy contrario al que debieran emplear los hombres inteligentes que practican la ley cristiana de fraternidad y amor al prójimo.

La luz eléctrica, los teléfonos, las exposiciones, todos los jardines de la arcadia del mundo con sus conciertos y sus diversiones, los cigarros, las cajas de cerillas, los tirantes y hasta los automóviles... todo eso me parece muy bien, pero desaparezcan para siempre todas esas cosas junto con los ferrocarriles y las fábricas de telas y de paños, si para hacer perdurar todos esos manantiales de placeres y de comodidades en provecho de una minoría privilegiada, el 99 por 100 de los hombres deben permanecer en la esclavitud y continuar muriendo por millares á consecuencia del trabajo que se les impone. Si para

que Londres y Petersburgo aparezcan iluminados por la electricidad, si para que se eleven los magníficos pabellones de una exposición para que podamos admirar hermosos colores y finas telas precisa que algunas vidas humanas se destruyan ó se abrevien ó se echen á perder, alumbrense Londres y Petersburgo con gas ó con aceite, no haya nunca ninguna exposición y no se fabriquen colores y telas. Si algo importa verdaderamente es que sobre la tierra no quede rastro de la esclavitud que ha consumido tantas vidas humanas. Los hombres, verdaderamente civilizados, preferirán siempre viajar á caballo en lugar de servirse de los caminos de hierro, que causan tantas víctimas, porque sus propietarios estiman menos costoso pagar indemnizaciones á las familias de esas víc-

timas que variar el trazado de sus vías, con lo cual se evitaría todo peligro de accidente. Esto sucede en Chicago. La divisa de los hombres verdaderamente civilizados no será: *fiat cultura, pereat justitia*, sino: *fiat justitia, pereat cultura*.

Por lo demás, la cultura verdaderamente útil no desaparecerá. Suceda lo que quiera, los hombres no se verán reducidos á remover la tierra con estacas ni á alumbrarse con candelas de resina. Los progresos técnicos que se han realizado á costa de una dolorosa esclavitud no desaparecerán.

Con que los hombres comprendan únicamente que no pueden sacrificar para satisfacer los goces de la vida la de sus semejantes, sabrán entonces aplicar todos los progresos de la industria á salvaguardar, en vez de comprometerlas, tantas existencias

preciosas, y á conservar el poder adquirido sobre la naturaleza hasta donde es compatible con la emancipación de sus hermanos.

VIII

Supongamos que enseñamos un país europeo y las diversas manifestaciones de la vida nacional á un hombre que llega de lejanas tierras, desconocedor por completo de nuestra historia y de nuestras legislaciones, y que le preguntamos si advierte alguna señal de diferencia de clases. Nos dirá que para él, hay en efecto una demarcación bien precisa y patente entre dos grupos de la población gene-

ral. De un lado, un reducido número de hombres que tienen las manos blancas, que se alimentan de manjares escogidos, llevan vestidos elegantes, viven en lujosas casas, trabajan poquísimo ó nada, y sólo piensan en divertirse, obligando á la clase obrera á consagrarle millones de jornadas de trabajo para preparar todos sus goces; y de otro lado, hombres sucios, vestidos y alojados y alimentados pobremente, que tienen las manos callosas y negras, y que por la mañana y por la tarde y muchas veces hasta durante la noche, trabajan sin cesar para los que nada hacen y consumen su vida divirtiéndose.

Sin duda alguna no hay entre el esclavo moderno y su dueño una diferencia tan marcada como la que distinguía al siervo de su señor; sin duda también muchos obreros pueden

elevarse desde su condición servil al rango de patronos en qué son á la vez esclavos y dueños; pero á pesar de todos esos casos excepcionales, en que ambas clases llegan á tener contacto y se confunden, se puede afirmar que los hombres de nuestra época se dividen en dos grandes categorías: la de los esclavos y la de los dueños, tan francamente opuestas una á otra como el día á la noche, á pesar de la transición del crepúsculo.

Actualmente un dueño no tiene á su disposición un esclavo que consienta sin retribución en limpiar su escusado; pero tiene tres rublos que hacen gran falta á centenares de obreros y el que escoja entre todos esos hombres, por esa corta suma, se apresurará á realizar tan innoble tarea.

Los esclavos de nuestro tiempo, no

son únicamente todos los obreros de los talleres y de las fábricas, obligados para vivir á someterse al poder arbitrario de los grandes industriales, sino también los campesinos que no poseen ni los campos que cultivan ni el trigo que cosechan, ó que, si son propietarios de una mala parcela de tierra, deben abandonar sus rentas á los banqueros para amortizar una deuda harto pesada; también lo son los innumerables lacayos, cocineros, camareras, porteros, cocheros, bañeros, mozos de cuerda, etc..., que consumen su vida entera ejerciendo funciones repugnantes y contrarias á su naturaleza.

La esclavitud existe y se propaga en nuestra sociedad sin que tengamos de ello conciencia, como existía en la Europa del siglo XVIII, sin que los hombres de aquella época se percata-

ran de ello ni la reconocieran en la forma semi atenuada de la servidumbre.

Se decía en el siglo XVIII que la situación de los siervos obligados á cultivar la tierra por cuenta de su señor, era una condición necesaria y natural de la vida, pero no se imaginaba que pudieran compararse los siervos á los esclavos.

De igual manera se asegura hoy que la situación de los obreros es una condición necesaria y natural de la vida de las sociedades, pero nadie cree que se deba ver en ella los caracteres de la esclavitud.

Al finalizar el siglo XVIII los hombres de la antigua Europa, comprendieron poco á poco que aquella entera dependencia en que los obreros se hallaban respecto á sus señores, y que pareció al principio una forma nece-

saria y natural de la vida económica, debía ser abolida como un mal, una injusticia y una inmoralidad. Nuestros contemporáneos, empiezan también á reconocer que la condición de los obreros, no es, como pensaban, la consecuencia normal de leyes necesarias, sino que es por lo contrario de tal modo monstruosa que precisa modificarla cuanto antes.

Sin embargo, únicamente los hombres muy clarividentes é instruidos de nuestra sociedad, son los que reconocen que los obreros están sometidos á una verdadera esclavitud. Los demás quedan convencidos de que la esclavitud es una cosa que pertenece á lo pasado: ¿acaso los últimos restos de ella, no se destruyeron en Rusia y en América á mediados del siglo XIX? No saben que la abolición de la servidumbre y la liberación de los

negros marcaron tan sólo la desaparición de una antigua forma arcaica é inútil de la esclavitud y el advenimiento inmediato de una forma nueva más sólida, más general y más opresiva.

Los reformadores hicieron con poca diferencia lo que los tártaros de Crimea que quitaban á sus prisioneros grilletes y cadenas, pero solamente después de haberles despellejado la planta de los pies y espolvoreado las heridas con cerdas cortadas á menudísimos trozos. La abolición de la servidumbre en Rusia y la liberación de los negros en América, hicieron desaparecer las últimas huellas de una forma anticuada de la esclavitud, pero dejaron que subsistiera la esclavitud propiamente dicha. Cuando se les declaró libres, se tenía la seguridad de que, sin cadenas ni grilletes,

los desdichados cautivos, cuyos pies estaban ya desollados y doloridos, no podían huir y continuarían trabajando.

Los americanos del Norte pedían audazmente la abolición de la antigua esclavitud porque veían que en su país estaba el pueblo sometido ya á un nuevo poder; al del dinero. El partido del Sur defendía ciegamente las antiguas costumbres porque no se advertía en su país por síntomas tan claros la aparición de una nueva forma de esclavitud.

En Rusia, se abolió la servidumbre cuando todas las tierras estaban en poder de las clases altas. La parte que se cedió á los campesinos se sobrecargó con impuestos que reemplazaron los antiguos lazos de servidumbre. En Europa, se suprimieron las pesadas cargas que mantenían en la

esclavitud á sus pueblos cuando los campesinos, completamente despojados y arrojados de sus antiguas viviendas habían empezado á refugiarse en las ciudades donde, necesidades cada vez mayores, iban á entregarles infaliblemente á la influencia de los capitalistas. Unicamente entonces se abolieron en Inglaterra los derechos sobre los cereales. En nuestros días se empieza en Alemania y en otros países á disminuir los impuestos soportados por los obreros y á aumentar, por lo contrario, los que pesan sobre los ricos; pero, para acometer tales reformas, se ha esperado á que la mayoría del pueblo estuviera ya supeditado al poder de los capitalistas. No se inutiliza un instrumento de servidumbre hasta que hay otro preparado, y precisa saber que nun-

ca faltan tan terribles instrumentos. Uno ú otro, ó todos á la vez, reducen al pueblo á una obediencia pasiva, y permiten á algunos hombres, que no son sino una ínfima mayoría, disponer libremente del trabajo y de la vida de obreros mucho más numerosos. Esta sujeción de las masas á un grupo privilegiado es la causa principal de la desdichada situación del pueblo.

Hé aquí porque, si queremos verdaderamente mejorar la suerte de los obreros, debemos primeramente reconocer que la esclavitud persiste, dando á esta palabra, no un sentido figurado ó metafórico, sino su recto sentido que implica la existencia permanente de una organización que somete la mayoría de los hombres al capricho de un número reducido de

ellos; y debemos también, en segundo lugar, inquirir las causas de tal estado de cosas, y además, una vez descubiertas tales causas, destruirlas.